

LOEWEN, James: *Patrañas que me contó mi profe. En qué se equivocan los libros de historia de los Estados Unidos*, Editorial Capitán Swing, 2018

Hay temas que se prestan a un debate universal. La enseñanza de la Historia reciente en la educación obligatoria de cada país es uno de ellos. Hace uno años, en su monumental *Age of Extremes*, traducida en España como *Historia del siglo XX* (Crítica, 1995) el historiador británico Eric. J. Hobsbawm decía: “La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con las generaciones anteriores es uno de los rasgos más característicos y extraños” de nuestro tiempo. Y añadía: “Los jóvenes, hombres y mujeres de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven”. Ha pasado casi un cuarto de siglo desde este diagnóstico y mucho nos tememos que la cosa no ha hecho más que empeorar.

En la formalización de la taxonomía de sus etapas, la Historia académica es aún tributaria de los historiadores de la Revolución del siglo XIX. Fueron los Michelet, Tocqueville y compañía quienes establecieron la existencia de una serie de periodos que jalonaban, con sus correspondientes hitos de entrada y salida, el camino de la Humanidad desde la oscuridad de su infancia hasta la madurez de su plenitud auspiciadora de un indubitado futuro progresivo. Para ellos, la Historia Contemporánea acababa de nacer entre las ruinas de una Bastilla, epítome del destruido Antiguo Régimen, que todavía humeaban.

Desde entonces, la enseñanza de la Historia más reciente ha ido arrancando siempre desde aquel hito cada vez más lejano, lo que ha contribuido a que, por un proceso de imposible dilatación de los tiempos dedicados a su impartición en las aulas, sean las etapas más próximas al estudiante las que sufren de un proceso de silenciamiento. Una carencia que, cada vez más, como demuestran los comportamientos y apuestas en la toma de posición pública, tiene efectos cívicos indeseables. Y no será porque no haya habido intención de incorporar la Historia del Presente a los programas educativos. La ha habido y muestra de ello es la presencia de sus contenidos en los currícula de los distintos países europeos. Ahora bien, una cosa es el diseño y otra, muy distinta la praxis. Una constelación de elementos, desde las inercias de la propia práctica docente hasta las interferencias en ella de todo tipo de sujetos opinantes -familias, opciones políticas, autoridades administrativas-, pasando por el control del mercado de libros de texto por el oligopolio de las editoriales sujetas a las demandas del mercado, han conspirado para eliminar de las aulas los episodios históricos más cercanos susceptibles de suscitar polémica o, diríamos nosotros, afloramiento del pensamiento crítico.

Los obstáculos que el imaginario colectivo interpone en España para aproximarse a la República, la guerra civil y el franquismo desde un cuestionamiento del canon interpretativo de la transición -con su discurso de la superación de las “viejas heridas”, del “conflicto fratricida” y de las disfuncionalidades del periodo “predemocrático” por

vía de olvido o mistificación del pasado- son muy similares a los que James Loewen describe para los Estados Unidos de América en *Patrañas que me contó mi profe*. Loewen es sociólogo e historiador. Fue su propia experiencia en Misisipi como estudiante primero, y como docente, después, la que le llevó a revisar lo que le habían enseñado sobre la historia de su país. Sus estudios giraron entonces hacia los temas de la multiculturalidad y el racismo. Impartió clases durante veinte años en la Universidad de Vermont, donde actualmente es profesor emérito.

Una de las vías de investigación de Loewen ha sido revisar los manuales escolares con los que se enseña Historia de los Estados Unidos. Un lobby potente en cuanto a resultados de negocio, habida cuenta de los que significa tener a su merced un mercado cautivo de varias decenas de millones de lectores forzosos; pero frágil en cuanto a la calidad de sus contenidos debido a la presión social a la que sus equipos de redacción se encuentran sometidos. El sistema de evaluación estatal de los materiales didácticos, basado en el dictamen de comisiones integradas por la más variada tipología de ciudadanos, ahierroja a los editores a la tiranía de lo políticamente correcto en cada territorio dependiendo de la sensibilidad social, religiosa y política dominante para conservar las cuotas de mercado. En este sentido, cada manual -y una editorial puede tener ediciones múltiples y hasta contradictorias según el sentido común mayoritario en cada estado- refleja no tanto los avances de la investigación historiográfica como lo que las comunidades esperan escuchar con agrado y sin disonancias cognitivas chirriantes acerca de su pasado.

Loewen pasa revista a una serie de temas claves sobre los que se ha edificado el discurso de la Historia oficial de los Estados Unidos: el heroísmo y abnegación de los padres fundadores, el descubrimiento, la invisibilidad del racismo, el mito de la tierra de oportunidades, la ocultación del clasismo por mor del pregonado igualitarismo, la lucha por la libertad propia y ajena, América como líder moral del mundo... Loewen desarma cada uno de estos puntos con un enfoque multidisciplinar. Su objetivo confeso es poner en aprietos tanto a autores de manuales como al profesorado que acepta acrítica y mecánicamente convertirse en vehículo transmisor de un conocimiento fosilizado e inútil.

Una muestra de su capacidad de sugerir se encuentra en el paralelismo que establece en las páginas 449-450 entre el valor relativo del pasado reciente para las generaciones presentes en la escuela -la de los profesores y los estudiantes- y la cosmovisión de las religiones africanas que clasifican a los seres humanos en tres categorías: los que siguen vivos, los que acaban de fallecer -los *shasa*- y los definitivamente muertos -los *zamani*-. Los *shasa* son muertos vivientes: alientan en el recuerdo de quienes los conocieron y guardan su memoria. Cuando el último de estos desaparece, el *shasa* pasa a ser un muerto total, un *zamani*. Venerable, sí, pero muerto. La analogía con la Historia que enseñamos es muy potente: el profesorado, contemporáneo de algunos de los episodios que explica o heredero de ellos, está transmitiendo a los estudiantes el conocimiento de un *shasa*, cuando ara los adolescentes que pueblan el instituto todo lo anterior a su propio nacimiento son *zamanis*. Y, dada la frialdad y la mecánica con la que se transmite ese

conocimiento, el profesorado no logra siquiera, en la mayoría de los casos, suscitar a veneración debida a ellos.

Loewen apuesta decididamente por introducir en el aula la historia actual, el empleo del problema y el error de partida como metodología, la historia multicultural de las minorías, de las mujeres, de los de abajo, la historia iconoclasta que rompa con los hitos identitarios que tanto están dañando, sea a la escala que sea, la universalidad del conocimiento en una época que parecía destinada a abolir las barreras sociales y las fronteras políticas. Antes de que sea demasiado tarde, enseñar la Historia del Presente y fomentar que, como dice el propio Loewen, haya un o una estudiante al fondo de la clase que haga preguntas incómodas es un imperativo no solo pedagógico, sino cívico,

Fernando Hernández Sánchez
Profesor de Didáctica de las Ciencias Sociales
Facultad de Formación de Profesorado y Educación
Universidad Autónoma de Madrid